

¿Escandalitis o ruptura?

Nicolás Lynch

La pobreza de la presentación del gabinete Ferrero remozado nos devuelve al dilema básico de la coyuntura: ¿qué hacer para que el proceso político retome el camino de la transición democrática? Las respuestas a la mano son tres. “Escandalitis”, ruptura o transacción.

Carlos Ferrero nos plantea en su presentación al Congreso el camino de la transacción. Este es un camino agotado por la notoria incapacidad de conducción política del Presidente Alejandro Toledo y de Perú Posible como partido de gobierno. De hecho, es el camino que intenta el primer gabinete con Roberto Dañino a la cabeza. Lo que se buscaba, en medio del entusiasmo del gobierno recién elegido, era un acuerdo entre diferentes visiones de la transición para afirmar el clima de libertades recién inaugurado, llevar adelante reformas sectoriales urgentes y dar el espacio para el desarrollo de las diversas fuerzas sociales y políticas de manera que pudieran en un siguiente período competir con sus distintas alternativas. No se tomó en cuenta, sin embargo, el formidable embalse de demandas sociales producido durante el fujimorismo, la fuerza de la mafia que había sido derrocada pero no derrotada y el oportunismo de los principales partidos de oposición. A todo esto se suma la incapacidad arriba anotada en la forma de sectarismo clientelista (todos los puestos para Perú Posible) lo que se convierte en el catalizador de la crisis que vivimos hoy día. Dañino avizó el problema y quiso enfrentarlo con el Acuerdo Nacional pero éste resultó “agua de malvas” frente al hambre de Perú Posible.

Ante el fracaso de la transacción como un camino posible viene la ofensiva de la escandalitis, que consiste en reventar escándalo tras escándalo grande y/o pequeño para paralizar la acción de gobierno. Definir la escandalitis como táctica política no supone, por supuesto, estar en contra de las denuncias fundamentadas de actos de corrupción, sino poner sobre la mesa el aprovechamiento de las mismas para otros fines. La escandalitis lo que busca es hacer imposible la transición democrática y llevarnos a una regresión autoritaria o, por lo menos, a un estado de caos, que le permita a los mafiosos salir de la cárcel y retomar, desde el llano o el gobierno, sus posiciones de poder. La escandalitis ha probado ser exitosa como táctica política. Ha puesto al gobierno contra las cuerdas en varias oportunidades e incluso al borde del K.O. Sus fines destructivos, sin embargo, deben ponernos en alerta, ya que no constituye salida alguna frente a la crisis política y la transición democrática como tal le interesa un camino.

Frente al agotamiento de la transacción y los fines inconfesables de la escandalitis queda el camino de la ruptura. Hoy, la transición ya no puede ser más transacción entre diversas visiones de la misma, tiene que ser, para que sea viable, un camino de ruptura abierta con la dictadura de Fujimori y Montesinos y, lo que es más importante, con el orden post-oligárquico que estos mafiosos en un sentido perverso, intentaron perpetuar. La ruptura tiene por ello componentes muy precisos: reforma constitucional que sienta las bases de una refundación republicana con derechos y descentralización, nuevo modelo económico que deje atrás el “capitalismo de amigotes” que se practica en las alturas y verdadera limpieza de la casa que termine con la corrupción anterior y la actual, que parece engullirse todo a su paso.

En esta situación Ferrero insiste en la transacción más las buenas gestiones sectoriales. Tarde, definitivamente tarde. Por ese camino no tiene ninguna posibilidad de enfrentar con éxito a la escandalitis de la mafia. La gente, además, ya está en otra cosa, quiere soluciones diferentes y no el continuismo de una situación que sólo favorece a algunos poderosos y sigue considerando a las mayorías como un objetivo residual de sus políticas.

Insistamos en la ruptura para enderezar la situación.